

## EL VIERNES SANTO EN TRINIDAD

Texto y fotos: Miguel Albuerne

*Cienfuegos, 26 de marzo de 2008:* Las Comunidades de “La Santísima Trinidad” y “San Francisco de Paula”, ambas de Trinidad, una de las siete primeras villas fundadas por Diego Velásquez, venían preparándose desde la Cuaresma para la celebración más importante de los cristianos: el Triduo Pascual. En la semana anterior La Parroquia Mayor había celebrado el Triduo al Cristo de la Veracruz con oraciones, la Santa Misa y el Miserere, cantado en latín; y además algo que es tradicional solamente en esa ciudad cubana: “La Plegaria de los Siete Dolores de la Virgen”, el viernes anterior a la Semana Santa. Ya el Martes Santo en la iglesia de San Francisco de Paula se celebró algo que es típico de esa parroquia: La “Celebración de la Humildad y Paciencia” que hasta 1960, al igual que el Cristo de la Veracruz el Jueves Santo en “La Santísima Trinidad”, culminaban con actos procesionales públicos.

Durante el día del Viernes Santo la iglesia tuvo sus puertas abiertas para que los fieles pudieran ir a adorar a Jesús Sacramentado el cual estaba expuesto desde la noche anterior una vez concluida la celebración de la Cena del Señor el Jueves Santo. A las tres de la tarde, hora en que según la tradición falleció Cristo en la cruz, los padres Cirilo González o.p. y Víctor Ubeimar, párrocos de la Santísima Trinidad y San Francisco de Paula respectivamente hicieron una meditación reflexiva sobre “el Sermón de las Siete Palabras”. Dos horas después tuvo lugar la Celebración de “La Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo” la cual fue presidida por el nuevo obispo diocesano Mons. Domingo Oropesa Lorente y concelebraron junto a él (de izquierda a derecha en la foto) los Padres Ramón Domínguez, sacerdote cubano-americano de peregrinación en Cuba y los párrocos anfitriones Cirilo y Víctor.

El Viernes Santo no se celebra Misa, pues no hay consagración, y la comunión ofrecida a los fieles es con el pan consagrado la noche anterior. Esta celebración comprende: oraciones, liturgia de la Palabra que concluyó con la Pasión, según San Juan; la predicación, a cargo de Mons. Domingo Oropesa, obispo diocesano, el que centró su homilía en la figura de Jesucristo y la contemporaneidad de su doctrina que tiene como referencia la muerte en cruz como tránsito hacia la resurrección. Seguidamente la Plegaria Universal. Luego se trajo la imagen tan querida por los trinitarios del Cristo de la Vera Cruz que estaba expuesto en una de las puertas laterales del templo, y se procedió al ritual llamado de “Adoración a la Santa Cruz” en la que todos los presentes, comenzando por el Obispo le ofrecieron un beso a la imagen. Como la fila de personas se hacía interminable y a las 7:30 sería la procesión el P. Cirilo sugirió dar la Comunión; y después de esta el pueblo podría seguir rindiéndole tributo al querido y venerado Cristo de la Vera Cruz.

Y llegó la tan esperada tarde-noche del Viernes Santo en la que tres imágenes recorren las aún empedradas calles de esta vieja villa: *el Cristo Yacente, la Virgen de los Dolores y San Juan*, el discípulo más joven y más valiente de los doce apóstoles. Fuera del templo una muchedumbre en la que se mezclaban devotos, creyentes, turistas, curiosos o simplemente personas tocadas por el encanto de la religiosidad popular esperaban la salida de la procesión con solemne y contenida emoción. Una larga y compacta fila de personas acompañaron a las tres imágenes por las Calles del Cristo, Alameda, Amargura (llamada así porque conduce alegóricamente al Calvario), oyeron la predicación del padre Víctor frente a la Casa Tristán, doblaron por la calle de San Antonio y llegaron a Las Tres Cruces, sitio que recuerda al Calvario y donde el Padre Cirilo predicó al pueblo allí reunido. Luego la procesión continuó por la calle Real del Jigüe, (llamada así según la tradición por el árbol en el que celebró la primera Misa fray Bartolomé de las Casas). Todo el recorrido de la procesión se desarrolló con calma y con un profundo sentido de fe. Una vez frente al templo se expusieron las tres imágenes que habían peregrinado y se añadió a estas el Cristo de la Vera Cruz. Fueron momentos de mucha emoción y fervor religioso. Predicó el Obispo quien agradeció a los padres Cirilo y Víctor el que lo hubieran invitado. Señaló Mons. Domingo que “*Los católicos no adoramos imágenes, pero es indudable que las imágenes nos hacen presente la realidad en la que creemos.*” Exhortó a los allí reunidos a “*participar con alegría en la Vigilia Pascual que es para nosotros los cristianos la celebración más importante, pues Cristo no sigue muerto. Él ha resucitado para salvarnos a todos.*”



Todos los que asistieron a esta *“Celebración de la Pasión y Muerte del Señor”* lo hicieron libremente, y según el parecer de muchos trinitarios en mayor número que años anteriores. ¿Quién convocó a tanta gente? Diríamos la fe, el sentimiento religioso, las necesidades materiales o espirituales u otras razones. Entre los varios peregrinos que había el Viernes Santo en Trinidad se encontraban ocho cubano-americanos, uno de ellos sacerdote católico. Una vez concluida la procesión le pregunté al Padre Ramón Domínguez *“¿qué los había motivado a venir a Cuba?”* y me respondió: *“Somos un grupo de ocho y algunos nos fuimos muy pequeños de Cuba y estamos haciendo una peregrinación desde La Habana hasta el Santuario del Cobre, en solidaridad con la Comunidad de la Iglesia de Cuba.”* Al pedirle me diera sus impresiones sobre lo vivido ese día en Trinidad me contestó: *“Lo que hemos visto aquí me pareció muy conmovedor, me resulta impresionante la fe de la gente y ese deseo de estar unidos con Cristo en estos días tan especiales.”* Para concluir me expresó: *“Los cubanos de dentro y de fuera estamos todos unidos bajo el manto de la Virgen de la Caridad y con ella vamos adelante.”*

La noche del Viernes Santo concluyó con *“el Miserere”*; y como colofón el Himno al Cristo de la Vera Cruz, interpretado por el Coro y la Banda Municipal que había acompañado la procesión en todo su recorrido. Este himno trinitario fue cantado por aquella inmensa muchedumbre que poco a poco, antes de marcharse, iban dejando sus velas encendidas, como acción de gracia, frente al templo. Este cierre conmovió en sus más hondas fibras a todos los que participamos. De regreso a Cienfuegos y contemplando el paisaje nocturno recordé las palabras finales de Mons. Domingo en su alocución: *“Nos adorna como cada año la luna llena de primavera, que es el momento en que todo reverdece (...) Pidamos a Dios que así como la lluvia torna verde los campos secos, también la presencia del Señor haga que se seque el pecado en nosotros y reverdezca la bondad, la caridad y el amor.”*



*Nosotros Hoy - Segmento noticioso del Sitio WEB de la COCC  
Conferencia de Obispos Católicos de Cuba. 2008 ©*

**Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original**